



SOLILOQUIO DE CARLOS V EN YUSTE, LA ÚLTIMA OBRA POÉTICA DE JUSTO JORGE PADRÓN. POETIZAR LA HISTORIA (QUE NO CONTAR LA HISTORIA EN VERSO)

*SOLILOQUIO DE CARLOS V EN YUSTE, THE LASTEST POETIC WORK
OF JUSTO JORGE PADRÓN.
POETICIZING THE STORY (NOT TELLING THE STORY IN VERSE)*

Maximiano Trapero * 

Fecha de Recepción: 16 de febrero de 2023

Fecha de Aceptación: 26 de mayo de 2023

Cómo citar este artículo/Citation: Maximiano Trapero (2024). Soliloquio de Carlos V en Yuste, la última obra poética de Justo Jorge Padrón. Poetizar la historia (que no contar la historia en verso). *Anuario de Estudios Atlánticos*; nº 70: 070-015.

<https://revistas.grancanaria.com/index.php/aea/article/view/11035/aea>

ISSN 2386-5571. <https://doi.org/10.36980/11035/aea>

Resumen: El gran poeta canario Justo Jorge Padrón inició en 2005 una gran epopeya poética con el nombre genérico de *Hespérida* y el subtítulo de *Canto universal de las Islas Canarias* con el propósito de cantar el papel fundamental que las Islas Canarias han tenido en la historia del mundo atlántico. El primer libro está dedicado al tiempo en que las Canarias andaban en la mitología, a la época guanche y a la conquista de las Islas por parte de la Corona de Castilla. El segundo (2008), a la gesta colombina. El tercero (2019), a la primera circunvalación del mundo, con el específico subtítulo de «El fascinante periplo de Magallanes y Elcano». Y aparece ahora el cuarto (2022) dedicado al reinado de Carlos V, el gran emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el César del tiempo del Renacimiento, el hombre más poderoso del mundo que ostentó la corona de dos enteros continentes. Y se hace desde el soliloquio que el avejentado monarca rememora de su vida, apoyado en una balconada de su palacio de Yuste, a donde se ha retirado tras su abdicación para dedicar sus últimos años solamente para Dios.

Palabras clave: Islas Canarias, poesía épica, epopeya, Carlos V.

Abstract: The great Canarian poet Justo Jorge Padrón began in 2005 a great poetic epic with the generic name of *Hespérida* and the subtitle of *Canto universal de las Islas Canarias* with the purpose of singing the fundamental role that the Canary Islands have had in the history of the Atlantic world. The first book is dedicated to the time when the Canaries were in mythology, to the Guanche era and to the conquest of the Islands by the Crown of Castile. The second (2008), to the Colombian feat. The third (2019) to the first circumvallation of the world, with the specific subtitle of "The fascinating journey of Magallanes and Elcano". And now appears the fourth (2022) dedicated to the reign of Charles V, the great emperor of the Holy Roman Empire, the Caesar of the time of the Renaissance, the most powerful man in the world who held the crown of two entire continents. And it is done from the soliloquy that the aging monarch recalls of his life, leaning on a balcony of his Yuste palace where he has retired after his abdication to dedicate his last years solely to God.

Keywords: Canary Islands, epic poetry, epic, Carlos V.

* Catedrático de Filología Española y Profesor Emérito Honorífico de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Pérez del Toro, 1. 35003. Las Palmas de Gran Canaria. España. Teléfono: +34649849804; correo electrónico: maximiano.trapero@ulpgc.es

EL LIBRO

Carlos V, el gran emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el César del tiempo del Renacimiento, el monarca invicto que ostentó la corona de dos enteros continentes, el hombre más poderoso del mundo, murió en un austero palacio construido para su retiro en un lugar recóndito de una de las regiones más extremas de España, en la «extremadura» castellana, acompañado de los frailes jerónimos que igualmente buscaron para su monacato en tal lugar extremo el silencio de la soledad. Yuste se llamaba. No era pueblo, ni siquiera aldea, solo soledad. Yuste no está en el medio de ningún camino, está al final de todo camino, a él puede llegarse solo con voluntad de llegar a él. Yo estuve allí y lo sé. Asombran e imponen el silencio y la soledad del lugar, la sobriedad y poquedad del palacio que quiso para sí el monarca más poderoso de su tiempo, el único que en la historia ha podido llamarse emperador de dos mundos.

¿Quién pudo recomendar a tan alto dignatario tan apartado, desconocido y humilde lugar? Damos por seguro que nunca antes él había estado allí. Sus continuos ir y venir por todas las tierras de Europa, sus permanentes urgencias de guerra, no se lo hubieran permitido. Hasta un mes y tres semanas se dice que tardó en llegar desde la costa del norte de España, desde Laredo, cuando decidió su retiro tras la abdicación en Bruselas. Alguien conocedor del lugar se lo habría sugerido cuando el rey en confianza le expresara su deseo de abandonar la vida pública de la corte y hallar en la soledad y en el silencio la paz del espíritu que su continuo guerrear no le había permitido¹. A Yuste llegó a sus 56 años, joven aún de edad pero completamente envejecido por una existencia sin descanso llena de sobresaltos y de quiebras de salud. Y apenas si pudo gozar de aquel retiro deseado un año y medio. Víctima del paludismo contraído por la picadura de los mosquitos que poblaban la alberca de los jardines de su palacio, tras un mes de vigilia agonizante, en la madrugada del 21 de septiembre de 1558, con una vela en la mano y la mirada fija en la cruz que su confesor le mantenía en alto, «el negro velo de la muerte» le fue cerrando los ojos poco a poco.

Estos son los últimos versos del gran poema que Justo Jorge Padrón ha dedicado a la figura de Carlos V. Y el comienzo, el soliloquio que el avejentado monarca hace de su vida apoyado en una balconada de su palacio de Yuste contemplando absorto el cuidado jardín, la quietud de las aguas de la alberca, el silencio envolvente del paisaje. Con el alma en zozobra, completamente abatido, rememora su vigorosa juventud, aquel brío guerrero que le hizo invicto, los placeres festivos de la corte, los ideales que le llevaron a la magnificencia del esplendor... Y musita internamente: «Ya nada reivindicó. El tiempo que me quede ha de ser solamente para Dios. Purgaré en esta tierra mis errores con la penitencia más sincera. Buscaré humildemente el perdón en la piedad infinita del Señor».

Así ha querido que empezara y que así acabara el relato poético que Justo Jorge ha dedicado al gran monarca español. Sitúa la narración el poeta no en lo que la historia (los historiadores) ha(n) dicho que hizo y no hizo, no en el resultado de una investigación testificada y documental, sino en el arbitrio personal e íntimo, y por tanto inatacable, del yo protagonista. Recurso poético, sin duda, pero inteligente y original perspectiva que otorga al poeta el poder del creador. Recurso que logra identificar al personaje con su narrador, convertir al narrador en el protagonista historiado, hacer que su visión de los hechos narrados sea justamente la del protagonista de la historia.

No es este un libro de historia, nos dice; quiero, por el contrario, convertir en poesía la vida y las obras de un personaje histórico, y lo haré transmutándome yo mismo en el personaje histórico objeto del relato. Fijándome en la historia, sí, pero cambiando la perspectiva del relator externo

¹ No hallamos en la historiografía más generalizada sobre la figura de Carlos V noticia alguna sobre este asunto. Mas parece que quien recomendó a Carlos el monasterio jerónimo de Yuste para su retiro fue Luis de Ávila y Zúñiga (1500-1564), historiador que actuó de embajador de Carlos V en Roma. Era natural de Plasencia, y tomó parte en varias campañas cesarinas, estando presente en la toma de Túnez y en la batalla de Mühlberg. Como cronista del emperador escribió el *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V, máximo Emperador Romano, Rey de España*. Y puede que este Luis de Ávila y Zúñiga sea el Luis de Ávila que Cervantes hace autor de dos obras, *La Carolea* y *León de España*, que no se salvaron del escrutinio a que sometieron la biblioteca de don Quijote. A esto último nos referiremos más abajo.

por el de la primera persona que rememora su vida en soliloquio personal desde la baranda de una balconada de un pequeño palacio en medio de un territorio de soledad. Un personaje con el alma en calma, puesto ya el pie en el estribo, sin nada ya que ganar en este mundo, dejando el testimonio de una actuación que quiso el bien de sus súbditos y de las tierras que gobernó, preparando a la memoria que ha de ganar esa segunda vida del honor de las coplas manriqueñas, que, sin ser eternal ni verdadera, aun es muy mejor que la otra temporal perecedera, y esperando sobre todo esa vida tercera que le lleve a la gloria del Señor.

Nunca un historiador profesional podrá decir lo que un poeta quiere decir, y menos decirlo en la forma en que el poeta lo dice. No se trata de contar una historia en verso, sino de «poetizar esa historia, que es cosa bien distinta. Nada nuevo podrá decir el poeta de lo que la historia ha sido, pero lo dirá «nuevamente», con novedad expresiva, de forma nunca dicha antes. De manera que la visión que un poeta pueda darnos de un personaje histórico cobra una dimensión completamente distinta de la que la historia oficial ha venido configurando desde el momento mismo de la existencia de ese personaje. Y no menos derecho tiene en posar los ojos sobre un asunto del pasado quien ve el mundo con la libertad de un poeta, fijándose en hechos no «documentados», no escritos, pero que pudieron ocurrir, que el objetivo historiador que basa toda su argumentación en los solos hechos que pueden atestigüarse. No solo ocurrieron las cosas que la historia dice que ocurrieron. La historia siempre calla mucho. Ha habido siempre más vida y más acontecimientos que los que registran los libros de historia. Y además, en esto de las «historias literarias» tenemos antecedentes que nos avalan para siempre. ¿Cuál fue la verdadera historia de Troya? ¿La que yace muerta y enterrada bajo siete estratos de ruinas en un lugar de la costa de la actual Turquía, llamado entonces Ilión o Ilios y hoy Hisarlik, o la que sigue viva y centelleante en un libro escrito por un poeta sin biografía, que ni siquiera sabemos si existió, al que conocemos por el nombre de Homero?

Gran acierto por tanto del poeta Justo Jorge Padrón al plantear en primera persona su relato de la vida de Carlos V, y de hacerlo en soliloquio personal, en el momento último de su existencia, cumplida ya su misión, por la libertad que le otorga de contar y de juzgar su propia obra. Es «su punto de vista», distinto, original y único, como obra salida de la potencia creadora de un poeta hecho de la madera de los visionarios.

Por supuesto que un grande poema sobre la figura de Carlos V es un libro de poesía, pero con referencias históricas, y este segundo aspecto obliga al poeta a mucho. Le exige contar lo que la historia dice que ocurrió, cierto que con la libertad suficiente como para seleccionar episodios, acortar méritos o agrandarlos. Le obliga a nombrar a personajes, acciones y lugares tal cual en la realidad fueron, aunque cierto también que seleccionados a la voluntad del poeta, y restringida esta al solo objetivo de que su relato resulte literariamente «eficaz». Más importante es en esto la «verdad poética» que la consabida «verdad histórica». Pero el poeta tiene la libertad y la plena autoridad para que su personaje llame *cínico*, *ególatra*, *desleal*, *traicionero*, *fatuo* y *extravagante*, *mentiroso* y *felón* a su enconado enemigo Francisco I, rey de Francia; *artero* y *belicoso* al papa Clemente VII, así como *lobo destructor*; *polémico* al pontífice León X; *siniestro* a Enrique VIII de Inglaterra, por el trato dispensado a su esposa Catalina, tía del emperador; *oronda* a Germana de Foix (siendo su abuelastra); *desleal* y *pérfida* a la república de Venecia, por su defección en la batalla de Pavía; *ruin* al landgrave Felipe de Hesse, *agrio* a Calvino, *eunuco* al turco Asan Aga, *malandrín* a César Frago y *mediocre* al arzobispo de Sevilla; y decir que el corsario Barbarroja fue la encarnación del *placer del mal*, amén de la *eficacia del odio*; y juzgar así tan negativamente a quienes fueron sus enemigos o rivales, pero hacerlo de manera muy positiva y elogiosa a quienes estuvieron a su lado o aprobaron sus acciones. ¿No la verdad objetiva que pretende el historiador? Sí la verdad poética del creador del relato. Y si este es un poeta de altos vuelos podrá juzgar la obsesión que Carlos V siempre tuvo por el ducado de Milán como el «esplendor de un rayo que atesora la furia», calificar el choque de los ejércitos que se enfrentaron en la batalla de Pavía como «dos enormes torrentes estrellados», dejando en la llanura hueca «la explosión de furiosos metales y plumajes policromos», o recordar a su esposa Isabel como «aura y aurora de un tiempo esclarecido». Podrá incluso suavizar el juicio que la historia ha fijado contra Lutero con una cierta comprensión de su intransigencia ante los desmanes de la cúpula de la Iglesia de Roma, compartiendo con el Restaurador la aspiración de regresar al «antiguo fervor de austeridad» de los principios. Y hasta podrá hacer morir al César Carlos con una vela en la mano, mirando un

crucifijo y musitando unas palabras de protección para el niño Jeromín que merodeaba por aquel palacio en que moraba un hombre del que no sabía su condición de padre.

Mas, antes de continuar, creo conveniente explicar los títulos y epígrafes que aparecen en la portada de este libro, del todo necesario para quienes desconozcan la trayectoria que expresa ese número IV tras el nombre de *Hespérida*.

EL AUTOR

De Justo Jorge Padrón poco puedo decir que no se haya dicho ya y que no conozcan los lectores de este libro. Su nombre aparece como autor en la cabecera de más de cuarenta libros de poesía, gran parte de ellos en ediciones varias y traducidos a múltiples lenguas, aparte de otros varios de ensayos sobre la poesía española, europea e hispanoamericana.

De su poesía se ha dicho que constituye una de las cumbres de la lírica española del último tercio del siglo XX y que su fama sube fulgurante en lo que va de este siglo XXI². La poesía toda de Justo Jorge nunca ha sido lo que podría decirse «local», ni siquiera nacional, puesto que ha tendido siempre hacia lo universal. Ni siquiera es un poeta temporal, de ahora solo. Lo será, en todo caso, porque utilice unas formas poéticas, unos versos, una libertad métrica que se identifica con la modernidad. La poesía de Justo Jorge Padrón pertenece a ese ámbito que ni tiene tiempo ni espacio. Su poesía –lo han dicho muchos críticos– es una perfecta «cosmogonía» del hombre contemporáneo: «Yo soy el hombre, yo soy todos los hombres», proclama el poeta en un verso que es grito y se erige como bandera en *Los círculos del infierno* (1976).

Si se estudia la obra de Justo Jorge Padrón desde el punto de vista lingüístico, se advierte la escasez de adjetivación y la primacía del sustantivo y del verbo, elementos léxicos estos de plenitud semántica. Y esa esencialidad léxica, que se plasma en el lenguaje de su poesía, se advierte igualmente en otro punto de vista conceptual, en la ausencia de «exteriores». Si alguna vez su poesía pudiera filmarse, debería estar toda ella rodada en interiores. Todo es interior, íntimo, tuétano de esencias. Él lo ha confesado:

La poesía necesita un proceso de concentración doloroso. Necesito llegar a lo más hondo de mí. Es como una mina: la galería de arriba está agotada y sigo en la siguiente... Cada verso, por su intensidad verbal, necesita un proceso de concentración y de ahondamiento en tu propio silencio y en tu propia soledad... Solo al cabo de cuatro o cinco días de excavar en ese silencio, consigo conectar con el misterio poético.

El *misterio poético*. ¿Qué es ese misterio poético, ese anhelo que han perseguido todos los que se han planteado seriamente la poesía? ¿Un chispazo, quizá, de luz interior, brevísimos pero deslumbrante, capaz de iluminar estadios nunca antes vistos ni intuitos? ¿Un estado de arrobamiento del alma, alcanzado a través del ascetismo, es decir, de la dedicación apasionada y de la ausencia, en el pleno gozo de la contemplación? ¿Perseguir el «misterio poético» no es perseguir un secreto imposible? Porque en ese estadio de búsqueda febril, a una breve intuición seguirá la larga pasión por describirla, a una leve experiencia contemplativa la prolongada y trabajosa dedicación ascética por lograr otra y otra, hasta poseer ese don propio de los dioses o de los hombres iluminados que algunos llaman «inspiración».

HESPÉRIDA

De creación puramente lírica se trataba la poesía entera de Justo Jorge Padrón. Hasta que le llegó la determinación de *Hespérida*, el «Canto Universal de las Islas Canarias». Un proyecto así, enorme, gigantesco, no pudo ser concebido como relámpago de intuición en una noche de insomnio, sino propósito meditado largamente, planificado mentalmente en años de runrún envolvente que hacía y deshacía planes, motivos, temas, personajes, hechos históricos,

² LÓPEZ (2002).

clasificación y estructura, etc. Me parece lo suficientemente explícita a este respecto la dedicatoria que el propio autor pone en la cabecera del primer libro de *Hespérida*:

Nací para escribir esta epopeya y ofrecer en sus páginas testimonio de amor a las Islas Canarias y a todo su pueblo a través de la historia: a los que ayer la forjaron, a los que hoy viven y sueñan en ellas y a los que impulsan el porvenir con el fulgor de su nombre.

Epopeya la llama, y desde entonces quienes han escrito y juzgado esta obra no han dejado de repetir esta palabra y otras concomitantes con su carácter y dimensión. Ningún título pudo acomodarse mejor al propósito de ese canto universal a las Islas Canarias que el de *Hespérida*: breve, heroico, culto, esdrújulo, rotundo, incluso original, acomodado en este caso al tipo de poesía que en él se contiene. *Hespérida* proviene de aquel mito griego que identificaba el Jardín de las Hespérides con el paraíso terrenal, un lugar que estaba en los límites del mundo conocido, en el extremo del occidente, en el que existía un árbol que daba manzanas de oro y sus habitantes alcanzaban la felicidad. *Hespérida* es el canto de las Islas Hespérides, como la *Iliada* es el canto a la ciudad de Ilión, como la *Eneida* canta al héroe Eneas, la *Araucana* a los aborígenes de Arauco, la *Austriada* al vencedor de Lepanto, la *Cristiada* a la obra de Cristo, *Os Lusíadas* a las fantásticas aventuras marineras de los portugueses, la *Atlántida* a los habitantes de aquel continente mítico sumergido, y otros muchos por el estilo. Hasta se copió esa fórmula para dar título a otros poemas imitatorios de tipo heroico y de tema burlesco, como la *Gatomaquia* de Lope de Vega o la *Mosquea* de José de Villaviciosa; y desde otro punto de vista la *Esdrújulea* del canario Cairasco de Figueroa.

Elegió entonces Justo Jorge para su empresa colosal el más complejo y difícil de los géneros literarios, el de la épica. Porque al hándicap de tener que poetizar sobre hechos ocurridos en la historia (lo que en la improvisación poética se dice «cantar por argumento» y no «por fantasía»), se suma aquí el imperativo de subir el tono poético a la altura que requiere la epopeya. Un género totalizador, en donde han de estar presentes y conjugados en las medidas justas del arte los subgéneros de la narrativa, de la lírica y de la dramática. De la narrativa, para contar los hechos históricos con la claridad que el entendimiento requiere; de la lírica, para dotar de emoción las descripciones de acontecimientos remotos ya carentes de actualidad; y de la dramática, para hacer presentes a los personajes intervinientes, para ofrecerles voz y opinión, contraste y argumento. Conjugados –digo– estos tres géneros poéticos en la medida del arte. Porque pasarse en uno o quedarse corto en otro puede arruinar el proyecto, sin remisión. No está de más recordar aquí que un juicio crítico sobre el *Poema* de Viana, el primero y verdadero poema épico de la literatura canaria, creo que de Menéndez Pelayo, del cual dijo que era «demasiado prolijo y prosaico para ser poesía y demasiado fantasioso para ser historia», ha dejado marcado a ese poema para siempre, a pesar de ser, para mí, tan admirable.

No cualquier tema puede convertirse en epopeya, por mucho que las dotes de un poeta contengan en suficiencia las cualidades para hacerlo. Pero Canarias sí tiene una mitología, una historia y una prehistoria epopéyicas. Y ha tenido a su vez la fortuna del poeta capaz de lograrlo. Empieza Canarias por tener una geografía única, desafiante, que está aún sin terminar de hacerse, surgida del volcán y cincelada con fuego; hasta tiene todavía una isla «non trubada», colgada en el imaginario del misterio; y encima la puso Dios al extremo del mundo, allá donde fueron a ubicarse todos los mitos de la Antigüedad. Fue poblada después por unos hombres sobre los que se desconoce casi todo, de dónde venían, cómo llegaron, cuándo y cómo fue su arribada, qué lengua hablaban que ni aún hoy ha podido ser mínimamente identificada. No es extraño, pues, que al mito de la geografía de las Islas se sumaran las leyendas que sobre aquellas gentes se forjaron. Vivieron ellos durante siglos en la ignorancia del desconocimiento, olvidados del resto del mundo, de forma que cuando los marineros mediterráneos del Renacimiento los descubrieron, divulgaron la noticia en Europa cargándola de fantasía. Y se añadió entonces más mito al mito. Porque se quiso justificar entonces desde la razón lo que las leyendas antiguas decían de unos territorios indeterminados. Y vino después la lucha firme de los naturales por la defensa de su territorio frente a los conquistadores, y surgieron entonces nuevas leyendas de valentía, de heroísmo y de nobleza por parte de los aborígenes. Los gritos de *Atis Tirma* o los lamentos de

Vacaguaré resuenan todavía en los oídos de todos los canarios, a más de cinco siglos de haberse pronunciado, como signos de identidad patria.

Cantar así a las Islas Canarias necesitaba de un gran poeta, de un poeta fuera de serie. De todas las conquistas de que la obra poética de Justo Jorge Padrón ha ido dando cuenta a lo largo de su ya larga vida creativa, esta significaba elevar el reto a un grado muy superior, a un nivel supremo. Necesitaba del aliento del héroe, pues las dimensiones de la empresa a la que se enfrentaba eran verdaderamente épicas. La métrica de *Hespérida* está igualmente a la altura de las dimensiones de esta gran epopeya. Como poeta de su tiempo, Justo Jorge usa aquí el verso libre, ausente de rima, pero no de medida y menos de ritmo. Los versos son todos de los denominados de arte mayor, el utilizado siempre para los grandes poemas épicos, y en este caso con predominio absoluto del endecasílabo y en menor medida del alejandrino, entremezclados con sabia maestría. Versos heroicos, sonoros, cargados de polifonía semántica; de ritmo arrebatado, vertiginoso en los relatos bélicos o reposado en las escenas bucólicas; de metáforas brillantes, originales, cósmicas.

El primer canto de *Hespérida*, sin número romano y sin subtítulo, a no ser que se tenga por tal el genérico de «Canto Universal de las Islas Canarias», apareció en 2005 con un largo prólogo del poeta y crítico peruano Ricardo González Vigil y está dedicado al tiempo en que las Canarias andaban en la mitología, a la época guanche y a la conquista llevada a cabo por la Corona de Castilla en el siglo XV³.

El segundo, este ya con el romano II y con el subtítulo de «La gesta colombina» (2008), cuenta con un también largo prólogo del poeta, profesor y ensayista cubano Virgilio López Lemus, gran conocedor de la poesía de Justo Jorge Padrón⁴.

El tercero está dedicado a la primera circunvalación del mundo, con el subtítulo de «El fascinante periplo de Magallanes y Elcano» (2019) y está prologado por el español, escritor y académico de la Real Academia Española, Luis María Ansón⁵. Emocionante epopeya, grande como pocas en la historia, que adquiere en los versos de Justo Jorge Padrón la grandeza poética que no he visto en ningún otro relato de aquellos hechos.

Y todos ellos editados en Madrid en la prestigiosa Colección Visor de Poesía, una de las mejores editoriales de poesía del mundo hispánico.

El papel de las Islas Canarias como protagonistas absolutas que fueron en el primer canto se va diluyendo poco a poco en los cantos sucesivos en donde la acción y temas principales lo toman otros acontecimientos y personajes. Pero sigue justificando el título de *Hespérida* por el papel determinante que ocupa en la historia de España al ser el puente necesario e inevitable en la comunicación con el Nuevo Mundo. Las Islas Canarias, convertidas en el justo centro geográfico por el que pasaría la historia entera del que se configuró en Mundo Hispánico, se han resuelto en la mejor síntesis cultural, también lingüística, de las «dos orillas» de ese mundo.

EL SOLILOQUIO DE CARLOS V EN YUSTE

Y sale ahora a la luz el canto IV de *Hespérida* dedicado a la figura señera de Carlos V⁶, y lo hace de una manera narrativa singular, distinta a los tres anteriores, poniendo en la misma voz del emperador el memorando que desde su retiro en Yuste hace de su vida entera, repasando y juzgando sus aciertos y errores. Evoca su adolescencia y primera juventud en Gante, la formidable herencia dinástica que recibe de sus padres y abuelos, su primera visita a España, las continuas guerras a que su afán le llevó contra Francisco I de Francia, contra los otomanos de Solimán, contra los príncipes protestantes de Alemania, las gloriosas victorias de Pavía, de Túnez y de Mühlberg, y muchas más; las solemnes ceremonias de coronación del Sacro Imperio Romano Germánico que recibió en Aquisgrán y Bolonia; los días felices de su boda con Isabel de Portugal... Mas también pesan en su memoria los fracasos: la muerte temprana de su amada Isabel le dejaría «el dolor más hondo que en el alma cupiera», el desastre en el intento de la toma de

3 JORGE PADRÓN (2005).

4 JORGE PADRÓN (2008).

5 JORGE PADRÓN (2019).

6 JORGE PADRÓN (2022).

Argel, la vergüenza del saqueo de Roma por sus tropas imperiales, el más controvertido episodio de su reinado, la no conseguida unidad religiosa de Europa a pesar del empeño que puso en todo trance... Y a todo ello se añadía su mala salud, el tormento insufrible de los ataques de gota que le obligaron a una abdicación anticipada y le llevaron al retiro de Yuste como un hombre avejentado, tullido y acabado.

Ciertamente amargo es este soliloquio del gran emperador. Pesan más en él los errores que los aciertos, se fija más su memoria en los fracasos de su política que en los triunfos indudables que tuvo, en los propósitos no logrados que en los realmente conseguidos. A la victoria de sus campañas bélicas en Europa le siguió la barbarie de las tropas imperiales en el saqueo y pillaje que durante una semana hicieron en la Ciudad Eterna; el propio emperador recordará en su soliloquio que aquel episodio sería «el más aborrecible» de su reinado. Al éxito rotundo en la conquista de Túnez le sucederá el desastre en la toma de Argel en donde una furiosa tormenta desbarató los planes del asalto descomponiendo a las tropas de tierra y haciendo naufragar la flota marítima, como si un adelanto fuera de lo que en el tiempo de su sucesor Felipe II supusiera la Armada Invencible; con versos más altisonantes pone el autor en la memoria de Carlos V este desastre de Argel que el del triunfo de Túnez.

A su ferviente catolicidad y a su empeño por reparar la «herejía» luterana (tal la consideraba) dedicó Carlos V muchos de sus esfuerzos convocando Dietas conciliatorias y urgiendo del papa Paulo III la convocatoria de un Concilio Ecuménico que pudiera avenir las posturas enfrentadas entre protestantes y católicos. Se convocó por fin el Concilio de Trento en 1545, pero demasiado tarde, cuando ya las posiciones de los seguidores de Lutero eran inquebrantables, y las sesiones se dilataron de tal manera que el Concilio concluyó cuando ya habían desaparecido el papa que lo convocó y el emperador que lo urgió. No pudo saber, por tanto, Carlos V la conclusión de aquel Concilio, pero murió con la convicción amarga de que aquel «empeño enorme» suyo por restaurar la unidad de la Iglesia no pudo lograrse, y no por el empecinamiento solo de los unos sino por la intransigencia también de los otros.

SU AMOR A ESPAÑA Y A LA LENGUA ESPAÑOLA

Carlos V llegó por vez primera a España a los 17 años y apenas si sabía unas pocas palabras de español pronunciadas con acento francés. Tanto que las Cortes reunidas en Valladolid le impusieron el aprendizaje del idioma de Castilla.

En la añoranza del joven Carlos, España representaba «la adustez severa» de Castilla, la nación vencedora del Islam, la tierra en donde el sol refulge, el reino que acababa de descubrir un continente nuevo «haciéndolo a su mano y sus costumbres». Mas no le fue fácil su acomodo. Llegaba a España «tal como si un extraño fuera», con las formas y modo de un señor borgoñón, vestido a la moda ostentosa y fatua de Bruselas, rodeado de una corte vana y petimetre que chirriaba con todo lo español. También las Cortes de Castilla hubieron de imponerle despachar a su séquito extranjero, asentar su corte y casa en España y formar el Consejo con súbditos hispanos. Lo logró, como dice a través del poeta:

Definitivamente España era mi centro,
se había convertido por entero
en el país de mi predilección.
Aquí tengo mi casa, mi esposa, mi heredero.
Me siento ya español por mi espontáneo trato,
la grata cortesía, la hondura religiosa
y en la gravedad recia de este orgullo,
sobre todo inspirado por el gran sentimiento
que me demuestra España en su destino,
con sus hechos gloriosos en Europa
y la aurora que enciende el Nuevo Mundo.

Decidida su abdicación, cualquier lugar de Europa hubiera podido elegir para su retiro, mas lo buscó en un rincón recóndito de España y lo reitera en su soliloquio de Yuste: esta habría de ser, en la voz del poeta canario, «mi patria más amada donde aguardo la muerte».

Siendo él un monarca guerrero, se dice que aprendió el castellano oyendo y leyendo los viejos romances medievales españoles, tan llenos de historias belicosas y de héroes cristianos vencedores de los moros. Del aprecio y del dominio que logró de nuestra lengua hablan dos testimonios, el uno verdaderamente histórico, bien contenido en este libro del poeta canario, el otro legendario pero que bien cuadra con el carácter del emperador. El primero fue histórico por motivo doble: porque efectivamente ocurrió, un 17 de abril de 1536, lunes de Pascua, en Roma, ante el pontífice Paulo III, el Colegio Cardenalicio y todo el cuerpo diplomático, y porque las que dijo en su alocución son palabras memorables que resuenan todavía. Se trataba de pactar una paz duradera con el monarca francés. Briosamente tomó la palabra el emperador, alzó con fuerza su rotundo verbo y pronunció su discurso sin papeles y en español, y acabó repitiendo por tres veces que quería la paz. Uno de los diplomáticos franceses, el obispo de Maçon, protestó ante el papa que no entendía el español, a lo que el emperador contestó resuelto:

Señor Obispo, entiéndame si quiere y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española; la cual es tan noble, que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.

El otro testimonio en alabanza a la lengua española atribuido a Carlos V es legendario e igualmente se repite por doquier: dicen que dijo que si quería hablar con las damas, hablaría en italiano; si con los hombres, en francés; si con su caballo, en alemán; pero que si quisiera hablar con Dios, lo haría en español.

LOS MUCHOS NOMBRES

El mosaico de nombres propios que aparecen y actúan en el relato de esta IV entrega de *Hespérida* es formidable, tanto de personas como de lugares, mucho mayor en número que en cualquiera de los otros relatos anteriores.

Cuando a Carlos V, solo y abatido, apoyado sobre la baranda de un mirador de su palacio de Yuste, le asalta la nostalgia de su glorioso pasado ya los grandes protagonistas de su tiempo que junto con él habían trazado la escena europea en la primera mitad del siglo XVI habían fallecido: el papa Clemente VII en 1534, Erasmo de Róterdam en 1536, Lutero en 1546, el mismo año de la muerte del corsario Barbarroja; Enrique VIII y Francisco I, los dos en el mismo año de 1547; el papa Paulo III en 1549; y el que fuera primero su aliado y después su enemigo mortal Mauricio de Sajonia en 1553.

En la memoria de Carlos V van apareciendo las figuras de sus padres y de sus abuelos, de quienes recibió tan formidable herencia monárquica. Por parte de su madre doña Juana la Loca heredó la de los Reyes Católicos de España Isabel y Fernando: la corona de Castilla y de Aragón, con los dominios de Navarra, Valencia, Mallorca y el Condado de Barcelona y las Indias Occidentales, además de las plazas italianas de Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Y por parte de su padre Felipe el Hermoso, heredó los dominios de Alemania y de Austria, y de sus abuelos Maximiliano I de Habsburgo y de María de Borgoña, el patrimonio borgoñón.

Ante la ausencia de su madre, recluida en el monasterio de Tordesillas, el niño se cría y crece en la corte flamenca de Malinas al cuidado de su tía Margarita de Austria, a quien recordará en su soliloquio como su verdadera madre, una de las mejores mentes de los Habsburgo y quien forjó en él los principios en «los caballerescos usos de la nobleza».

Memoria grata y reiterada tiene de sus cuatro hermanos: de María, tan querida por él, su consejera e íntima confidente, casada con Luis II de Hungría; de Leonor, su hermana más festiva, quien le acompañó en su primer viaje a España, casada primero con Manuel I de Portugal y después, al enviudar, con Francisco I de Francia; de Isabel, a quien dejó como regente en sus ausencias de España cuando aún era menor de edad su hijo Felipe, y que fue reina consorte de Dinamarca por su matrimonio con Cristian II; de Catalina, que vivió una triste infancia encerrada

con su madre en Tordesillas y a quien casó con el rey Juan II de Portugal; y de Fernando, el que sería archiduque de Austria, rey de Hungría y de Bohemia y quien a su abdicación heredaría el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Viudas las dos hermanas María y Leonor, acompañarían a Carlos V en su retiro de Yuste y en su palacio morirían pocos meses después del hermano.

De su esposa Isabel tuvo cinco hijos, pero solo tres sobrevivieron en edad adulta: Felipe, el príncipe; María, a quien desposó con Maximiliano, su primo hermano, hijo de Fernando de Austria; y Juana, quien al casarse con el rey de Portugal sería la madre del famoso rey don Sebastián. Al que mayor atención presta en su soliloquio, como es natural, es a su primogénito y heredero Felipe II, de quien cuida de su educación poniéndolo bajo la tutela de su leal Juan de Zúñiga. Pronto advierte en él «su madurez lúcida, su preparación y riguroso temple». Hace que lo acompañe en los acontecimientos trascendentes de su reinado tanto en España como en Europa; está presente en su abdicación en Bruselas; le encomienda que cuide del pequeño Jeromín como hermano suyo que es y le conceda el tratamiento que merece su magno linaje; y en los momentos finales se dirige a él en su testamento rogándole perseverare en los ideales que han guiado su acción imperial, muy especialmente en la unidad de la fe católica.

De los otros hijos que el emperador tuvo fuera del matrimonio, solo uno adquiere protagonismo en sus memorias, el que pasaría a la historia como don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, a quien llegó a conocer en su retiro de Yuste, cuando aún era un niño de 12 años, puesto al cuidado de su mayordomo Quijada, ocultando su verdadera condición bajo el nombre de Jeromín.

Con numerosos papas compartió Carlos V su reinado, dados los breves periodos que duraron los más de sus pontificados, y con ellos hubo de tratar relevantes asuntos de estado y de religión. Fueron León X (1513-1521), Adriano VI (1522-1523), Clemente VII (1523-1534), Paulo III (1534-1549), Julio III (1549-1555), Marcelo II (1555) y Paulo IV (1555-1559). Poca relación tuvo con el primero, por la corta edad de quien sería emperador, pero fue León X quien finalmente se decidió por su candidatura frente a las pretensiones del rey de Francia Francisco I para recibir la herencia del Sacro Imperio Romano Germánico; e importancia destacada adquiere su figura en las memorias del emperador por haber sido su política de recaudación desmedida por la venta de bulas la que motivó la rebelión de Lutero, quien se dirigió al papa en una carta diciéndole:

vuestra Iglesia de Roma se ha convertido en una
guarida de ladrones despojada de ley
y el más desvergonzado de todos los burdeles.

Y aquel levantamiento de Lutero marcó el reinado entero de Carlos V, sin que pudiera resolverlo, a pesar del empeño que puso de manera reiterada en la convocatoria conciliatoria de las Dietas de Worms, de Nuremberg, de Spira, de Augsburgo y de Ratisbona, y aún más en la convocatoria de un Concilio Ecuménico que no hizo sino agrandar las diferencias entre la Iglesia de Roma y los seguidores de Lutero.

Su sucesor Adriano VI había sido el preceptor del futuro emperador en Flandes en los años más determinantes de su formación, desde su niñez a su juventud, y de él dice que adquirió «esa campechanía / popular y sencillos modales que me hicieron / amado por mis súbditos flamencos». A Adriano de Utrech confió el joven Carlos la regencia de Castilla una vez muerto su abuelo el católico Fernando de Aragón, y a su influencia le debería el prelado su ascenso en la carrera eclesiástica y finalmente el pontificado. Mas no fueron siempre pacíficas y provechosas las relaciones entre ambos, pues la excesiva corte flamenca que Adriano se trajo a Castilla y las ambiciosas prerrogativas y prebendas que borgoñones y flamencos se tomaron en la regencia soliviantaron a castellanos, a valencianos y a mallorquines en aquellas revueltas de Comuneros y Germanías que dieron muy mal comienzo al reinado de Carlos I en España.

Fueron los pontificados de Clemente VII y de Paulo III los de mayores desavenencias con el emperador, pues ellos fueron quienes ocuparon la Silla de San Pedro en el periodo más largo y conflictivo de su reinado, con el inmenso poder temporal que entonces tenía la Iglesia. A Clemente VII lo recordará en sus memorias como «artero y belicoso», y dirá a través de los versos del poeta:

aliado hasta la médula del monarca francés,
altivo me negaba la menor comprensión,
mostrándome distancia y un desdén insolente.

Fue en su pontificado cuando las tropas imperiales saquearon la Ciudad Eterna y el papa tuvo que refugiarse en el castillo de Sant'Angelo. Y sin embargo sería este papa quien lo coronaría como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Bolonia un cinco de noviembre de 1529 en una de las ceremonias más esplendorosas que tuvo nunca en su honor:

Me acompañaba el séquito imperial
con muchos caballeros hispanos y flamencos
y los muy deslumbrantes jinetes borgoñones,
anunciando mi entrada solitaria
en un grande caballo encubertado,
seguido por los nobles del Imperio
ceñidos a mi paso y a mi gloria,
cerrando aquel desfile los jinetes reales
en sus blancas y bellas monturas andaluzas...

Por su parte, Paulo III mantuvo una estricta neutralidad entre los monarcas rivales de Francia y de España, y de ello se queja el español considerándolo «furibundo enemigo de mi causa». Y se reafirma:

... Paulo III no hizo
distingos entre nosotros, se ve que no apreciaba
quién era el defensor de los pueblos cristianos,
ni quién acodaría tratados con los turcos.

Es en el pontificado de Paulo III cuando se produce el famoso discurso de Carlos V en el Vaticano ante el papa, la sacra curia cardenalicia y todo el cuerpo diplomático con el propósito de alcanzar la paz con su rival francés en el que proclama la prioridad del español como idioma del imperio. Y es en esa ocasión cuando entra triunfal en una Roma totalmente entregada a su grandeza:

La urbe deslumbraba como un claro diamante
por donde desfiló mi impresionante ejército
y su caballería con más de mil jinetes...

Finalmente, Paulo III acuerda con el emperador la creación de la Santa Liga contra los turcos y el hecho considerado de mayor trascendencia: la convocatoria del Concilio Ecuménico de Trento.

La relación que Carlos V tuvo con los tres últimos papas coincidentes con su reinado fue breve y apenas trascendente. No fue cordial la que mantuvo con Julio III al comienzo de su pontificado, pero se convertiría más adelante en un aliado fiel en la continuidad de las sesiones del Concilio de Trento como última esperanza para poder salvar la unidad entre las dos Iglesias. El pontificado de su sucesor Marcelo II apenas si duró tres semanas del año 1555, y el de Paulo IV se inició unos meses antes de la abdicación del emperador.

Innumerables son los nombres de reyes y reinas, virreyes, príncipes, regentes, condestables, electores germanos, duques, mariscales y demás dignidades con quien Carlos V compartió alianzas y enfrentamientos y que se citan por doquier en este relato de Justo Jorge Padrón. Protagonismo principal tiene Francisco I, el rey de Francia, su enemigo y rival más persistente, antagonismo que continuó su sucesor, el belicoso Enrique II; cambiantes fueron las relaciones que tuvo con el rey de Inglaterra Enrique VIII; amistosas con los dos reyes de Portugal con

quienes contemporizó, Manuel I y su sucesor Juan III; y siempre belicosas lo fueron con los otomanos Solimán el Magnífico y el corsario Barbarroja.

Especial mención tienen los nombres de sus ministros más fieles, y de sus capitanes más victoriosos. De su fidelidad y de su valentía son testimonio los versos siguientes puestos en la opinión del propio emperador:

Pocas veces contó un soberano
con un radiante elenco de grandes capitanes
como el que tuve entonces en el mundo.
Pocas veces se vio un cuadro de oficiales
de tan marcial coraje y fina inteligencia.
Pocas veces también una gran soldadesca,
briosa y decidida con un ansia tan fuerte
de victorias aupadas por un fiel patriotismo.

Son sus principales nombres, en los asuntos de la corte: Francisco de los Cobos, el gestor imprescindible de la hacienda imperial, «inescrutable y recio en su labor»; el cardenal Tavera, el gran hombre de Estado; Mercurio Gattinara, el sagaz gran canciller de los reinos y tierras del imperio; Nicolás Granvela, su hábil y astuto diplomático; Juan de Zúñiga, el mentor del príncipe Felipe; Luis de Quijada, su fidelísimo mayordomo, que le asistió hasta sus últimos días en Yuste y que apadrinó y acogió en su casa al pequeño Jeromín; el pío fray Juan de Regla, su confesor; y Francisco de Borja, su confidente en la paz de Yuste. Y en los asuntos de las milicias: el general invicto Antonio de Leyva, que moriría en el campo de batalla; el Marqués del Vasto que sucedió a Leyva, tan bravo y leal a su patria; el Duque de Alba, la primordial espada de la monarquía y de todo el ejército; Francisco Sarmiento, el heroico defensor de la plaza fuerte de Herzeg Novi, y Álvaro de Sande, y Fernando Gonzaga, todos ellos capitanes de los Viejos Tercios españoles que ostentaban la hegemonía sobre cualquier ejército del orbe; y Andrea Doria, el gran almirante de la armada española. Todos ellos, y muchos más, cada uno con los méritos que su comportamiento heroico merece, son reconocidos en este libro de Justo Jorge Padrón.

En cuatro episodios de su soliloquio cita Carlos V a Tiziano, el gran pintor del Renacimiento italiano, el artista que daría para la posteridad la imagen del «invicto emperador»: una, con ocasión del retrato que el monarca le encarga de su esposa Isabel, tras su muerte, para que su tierna figura no empezara a borrarse en su mente, y que le acompañará hasta el momento de su defunción; dos, comentando el retrato que le inmortalizó tras su victoria mayor en Mühlberg, lanza en ristre, montado sobre un caballo encabritado y con un casco empenachado «donde se hace verdad mi vida y mi leyenda / a través de los siglos del arte en la pintura»; tres, por el retrato que hizo de su hijo Felipe II, «donde surge radiante con su recia armadura», y cuatro, por el cuadro *La Gloria* que mandó colgar en las paredes de sus aposentos de Yuste.

Por tres veces aparece citado el nombre de Garcilaso de la Vega, tan estimado por el emperador, a quien acompañó en sus campañas bélicas europeas y africanas, hallando la muerte en el asalto a las murallas de la «ínfima guarnición» de Muy, en la provincia francesa de Provenza, y a quien el emperador recuerda en su monólogo interior imaginado por Justo Jorge Padrón como *sutil, insigne y egregio* poeta.

También será citado Alfonso de Valdés, tan vinculado al erasmismo, que levantó acta de los principales hechos de la vida del emperador, como de su portentosa coronación en Aquisgrán o de su presencia en la Dieta de Worms, y quien exoneró a Carlos V de los desmanes que las tropas imperiales cometieron en el saco de Roma tras la muerte de sus capitanes, el intrépido Frundsberg y el condestable Carlos de Borbón.

ISABEL DE PORTUGAL

Mas ninguno de estos personajes ocupará la memoria de Carlos V con tanta intensidad y de manera tan reiterada como lo hará la de su esposa Isabel de Portugal. Ella será la segunda protagonista de este libro. Apenas si compartió vida con el monarca durante 13 años: se casaron

Quizá la figura de Carlos V haya sido la más cantada en la poesía castellana de todos los monarcas españoles. Y no solo en la poesía, sino en todos los géneros literarios, también en el teatro, aparte los históricos y biográficos y los que desde la retórica de la época defendieron y alabaron la figura y la obra del César, como lo hizo Alfonso de Valdés, seguidor de las ideas de Erasmo, el mejor ejemplo de intelectual renacentista al servicio de la causa imperial. De Carlos V dijo Cervantes, recordando su participación «en la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos, ni esperan ver los venideros», que militó «debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos Quinto, de feliz memoria». Pero nos referiremos aquí al solo género de la poesía. Y lo ha sido a lo largo de la historia. Estando él en vida por los poetas contemporáneos Gutierre de Cetina (cuyo famoso soneto inserta Justo Jorge Padrón en el cap. XXXIV de este libro), Hernando de Acuña, Rodríguez Pagán, Fernando de Herrera, Gabriel de Sarabia, Juan de Revenga, Pedro de Padilla y tantísimos otros. Lo que sí extraña es que Garcilaso, que tan larga e intensa relación tuvo con el emperador, y de quien tan alta consideración tuvo como poeta, según la historia cuenta y según reitera el propio Carlos V en este su soliloquio, ningún poema le dedicara a su figura. Tan solo dos composiciones de Garcilaso pueden mencionarse que hablen de esta relación, pero las dos teniendo por fondo el desencanto de su vida cortesana. Ambas tan alejadas del estilo de sus *Églogas* y *Sonetos* que parecieran no ser del «príncipe de la poesía española». El primero es su *Canción III*, escrita en el destierro en que el propio emperador le confinó durante tres meses en una isla del Danubio por haber asistido a una boda no permitida por el monarca. El segundo es su *Epístola a Boscán*, una elegía en la que asoma su desencanto con su vida anterior adulado por el esplendor de la guerra y de la corte viajera:

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me ternéis; arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan digna ya de vituperio...

De inmediato, tras la muerte de Carlos V, se levantaron numerosos túmulos en su honra y memoria en toda España, incluso en México (este narrado por Francisco Cervantes de Salazar en 1560), en donde la poesía tuvo su protagonismo por obra de los principales autores locales. Cantado fue igualmente por los poetas del Barroco (Quevedo, Lope, Calderón, Villamediana, Mira de Amescua, Medrano, Rojas Zorrilla...); por poetas del Romanticismo (Manuel José Quintana, Carolina Coronado, el Duque de Rivas...); y también por poetas del siglo XX (Manuel Machado, Agustín de Foxá, Eduardo Marquina, Antonio de Zayas...).⁷ A estos nombres de fama y de reconocimiento literario habría que sumar los de una legión de poetas que dedicaron sonetos, romances, coplas y cuantas estrofas hay en la métrica española a las hazañas bélicas del «invicto emperador» cuanto a la soledad buscada para su retiro en Yuste.

Y siendo el romancero el género poético predilecto de los gustos literarios de los españoles no pudo ser ajeno a la figura y a los hechos memorables del César, cantándolos siempre con la magnificencia que requerían y con la sintonía de ser del aplauso de todos. Fueron los romances la moda literaria de la segunda mitad del siglo XVI, los unos salidos del numen de autores tan bien conocidos como Sepúlveda, Timoneda, Pedro de Padilla, Laso de la Vega..., pero la mayoría de ellos anónimos, convertidos en poesía popular que recogieron un sin número de *Cancioneros* y *Silvas* y que circularon por doquier en los pliegos sueltos de la época. El más conocido de todos ellos, por ser el que mejor encarna los valores literarios del género, es el anónimo sobre el saco de Roma, aparecido por vez primera en el *Cancionero de romances* de 1550, siendo además el único que ha ganado la virtud de permanecer en la tradición oral hasta la actualidad:

⁷ Un libro entero está dedicado a la atención que la literatura española de todos los tiempos ha dedicado a Carlos V: el de Gregorio Torres Nebrera (2011) titulado *Un monarca, unos textos, una historia: La imagen literaria de Carlos V*.

Triste estaba el Padre Santo, lleno de angustia y de pena
en Santangel, su castillo, de pechos sobre una almena,
su cabeza sin tiara, de sudor y polvo llena,
viendo a la reina del mundo en poder de gente ajena...

Los versos de sus contemporáneos cantan al César Carlos, al soldado aguerrido que se pone al frente de sus tropas para marcar ejemplo, al héroe victorioso de mil contiendas que pintara Tiziano lanza en ristre sobre un caballo encabritado tras la batalla de Mühlberg, como en el soneto de Fernando de Herrera:

Rayo de guerra, grande honor de Marte,
fatal ruina al bárbaro africano,
que, en la temida España, del Romano
Imperio levantaste el estandarte.

o como en el romance de Pedro de Padilla:

El gran monarca del mundo, Emperador Quinto Carlo,
el vencedor no vencido, el león nunca domado
sino sólo de sí mismo, de su voluntad forzado...

Por el contrario, los poetas modernos se fijan más en el contraste entre el inmenso poder que el monarca tuvo y el final de austeridad y abnegación que como hombre buscó en Yuste. ¿Quién que siendo o creyéndose poeta haya viajado a aquel lugar y visto aquel humilde palacio, al compararlo con la grandeza de quien lo habitó, no se haya preguntado y respondido lo que Pedro Romero Mendoza se dijo en su soneto que empieza:

De todas tus hazañas victoriosas
ninguna superó tu apartamiento
de la falaz disputa y del tormento
que entraña la conquista de las cosas...

CUATRO POEMARIOS ÉPICOS DEL SIGLO XVI

Hasta cuatro poemarios enteros del mismo siglo XVI, pocos años después de la muerte del emperador, tomaron la figura de Carlos V como protagonista de sus relatos en verso, siendo de los pocos que pueden considerarse como pertenecientes a la épica en la literatura española.

El primero fue la *Carolea* de Jerónimo Sempere, publicado en Valencia en 1560, a tan solo dos años de la muerte del rey, y no reeditado hasta ahora. Se trata de una crónica de dos de los acontecimientos guerreros principales de su reinado: la batalla de Pavía contra el rey de Francia y la mantenida contra el turco Solimán el Magnífico en Túnez. No ha sido muy favorable la crítica moderna sobre esta obra de Sempere, a la que ha juzgado de crónica austera y tediosa, además de mediocre. Mas no tan menguado mérito debió tener en la consideración de Cervantes si se entiende bien lo que sobre ella dice en el capítulo 7 de la primera parte del *Quijote*. Ante el gran alboroto que don Quijote hizo al despertar de su largo sueño se suspendió el escrutinio que entre el cura, el barbero, el ama y la criada estaban haciendo de la biblioteca del hidalgo y se fueron directamente al fuego los demás libros que quedaban, y así, sin ser vistos ni oídos, se cree que fueron «*La Carolea y León de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila, que, sin duda, debían estar entre los que quedaban, y quizá, si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia». Dos títulos diferentes asigna Cervantes en este párrafo a un solo autor. Damos por supuesto que al citarlos conocía los dos libros, y aun un tercero no citado y que también está referido «a los hechos del Emperador», el *Carlo famoso* de Luis Zapata. Y es aquí donde la crítica cervantina estima que hay un error: que Cervantes confundió los nombres de los autores y de los títulos y que la alusión a Luis de Ávila como autor de la *Carolea* quizá esté

referida al *Carlo famoso* de Luis Zapata, y que el *León de España* (publicado en Salamanca en 1586) nada tenga que ver ni con Luis de Ávila ni con el emperador, pues su autor fue Pedro de la Vecilla Castellanos y el tema de su libro la historia de la ciudad española de León⁸.

El segundo es el *Hércules animoso* del humanista sevillano Juan de Mal Lara, que ha visto la luz impresa por vez primera ahora, en 2015, después de 450 años de concluida su escritura (hacia 1565), a partir del manuscrito autógrafo de la Biblioteca lisboeta de Ajuda, único testimonio conservado de la obra⁹. Obra hercúlea es, por hacer honor a su título, que ronda los 50 000 versos escritos en octavas reales y divididos en doce libros con el propósito de cantar alegóricamente los doce trabajos de Hércules aplicados a doce hazañas del César máximo, con la intención expresada por el autor de que la literatura española contara con un poema épico digno del poder imperial de Carlos V.

El tercero es el *Carlo famoso* de Luis Zapata, publicado en Valencia en 1566, otro extensísimo poema heroico en honor del monarca, de unos 44 000 endecasílabos compuestos en octavas reales y organizados en 50 cantos que tratan de construir la figura del emperador sobre el modelo del Eneas virgiliano, y considerado por algún crítico moderno como el texto más importante de la literatura española sobre la figura de Carlos V.

Y el cuarto es *El victorioso Carlos V* de Jerónimo Jiménez de Urrea, compuesto entre 1567 y 1570, obra que aún se conserva en manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, y de la que solo se han publicado ocasionalmente algunos fragmentos. Urrea fue soldado y capitán de las tropas imperiales y participó en varias de las batallas carolinas en Europa, en una de ellas al lado de Garcilaso, en el asalto a la fortaleza de Muy, en donde el gran poeta toledano perdió la vida. Por tanto, conocía de primera mano los acontecimientos sobre los que trata su obra, que se limita a las campañas alemanas contra la Liga de Esmalcalda. La creación literaria de Urrea sigue fielmente los parámetros de la historia, reforzando el carácter de crónica que tiene este poema por encima de los anteriores, pero restando por ello sus calidades poéticas.

Y AHORA LA OBRA DE JUSTO JORGE PADRÓN

Ya se ve. Cuatro grandes poemarios escritos en el trance de tan solo una década, entre 1560 el de Sempere y 1570 el de Urrea, a tan pocos años de la muerte del emperador, centrados todos ellos en ensalzar la memoria del César Carlos en el tono épico de la época, apenas si se citan en las historias de la literatura española y es seguro que pocos lectores actuales los conocen, pues que tan poca fortuna han tenido en sus ediciones, pesando sobre ellos la crítica y sentencia de quienes los han juzgado de desmesurados, tediosos, prosaicos y hasta de mediocres. Y viene ahora un poeta contemporáneo nuestro, andando ya ligero el siglo XXI, a fijarse de nuevo en la figura de Carlos V y hacerlo en el mismo formato de las gestas épicas, grande relato, grandes hazañas, personajes grandes, protagonista héroe, como si en nada el tiempo hubiera borrado la magnificencia de quien marcó y determinó una época de la historia. Cada tiempo, cada poeta, elige sus episodios nacionales y consagra su relato para rememorar y seguir engrandeciendo a sus héroes legendarios. Y con pleno derecho y ocasión constante. No aparece este libro de Justo Jorge Padrón por una efemérides determinada que conmemorar, aunque bien podría hallarse en la biografía del emperador año y acontecimiento para tal, pues los hechos de los grandes hombres siempre son de actualidad. ¿No sigue la historiografía toda buscando, revisando y actualizando lo pasado hace cinco siglos? ¿Qué mayor razón puede negársele a la literatura para hacer lo mismo con las artes de su tiempo?

Pues ninguno de esos cuatro poemarios renacentistas de la segunda mitad del siglo XVI puede compararse con este libro de Justo Jorge Padrón, ni en las dimensiones de los acontecimientos narrados, desde su nacimiento en Gante hasta su muerte en Yuste, ni en la originalidad del punto

⁸ Luis de Ávila y Zúñiga (1500-1564) fue un historiador que actuó de embajador de Carlos V en Roma. Era natural de Plasencia, y tomó parte en varias campañas cesarinas, estando presente en la batalla de Mühlberg, por lo que pudo componer la obra *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V* (1548) y quien recomendara al emperador el monasterio de Yuste para su retiro.

⁹ MAL LARA (2015).

de vista narrativo, poniéndolo en la propia persona del emperador, ni en la minuciosidad del relato, ni menos en la altura poética de los versos. Y ello porque ninguno de los poetas anteriores pudo contar con la base documental e historiográfica tan actualizada y verdadera sobre la vida del monarca como con la que ha contado Justo Jorge Padrón, y sobre todo porque ninguno de entre los autores que poetizaron la figura y obra del emperador en aquellos largos y desmesurados poemarios épicos del Renacimiento español poseía el don poético y el talento creador en tan alto grado como los tiene el poeta de nuestro tiempo Justo Jorge Padrón.

No ha tenido que cambiar nuestro poeta las formas métricas que se han hecho características de su obra lírica. Versos largos, entre 11 y 14 sílabas, agrupados en estrofas que busca cada una de ellas una unidad temática, de entre 8 y 14 versos, ya sin rima, con una sintaxis no atada a la armadura del verso, que fluye libre en encabalgamientos constantes hasta parecer hacer los versos prosa corrida. Métrica moderna, pues. Pero los versos de Justo tienen consonancias clásicas: leídos en voz alta, tienen ritmo y resuenan como música acordada. Grande epopeya con la poética de la modernidad, grande hasta en la extensión de unos 7 500 versos.

Género totalizador dije antes que era el canto épico por cuanto ha de saber conjugar y combinar en sus justas medidas los distintos estilos y subgéneros poéticos. Y es en este punto en donde radica en mi opinión el mérito mayor de este gran poemario de Justo Jorge Padrón. Son más los capítulos o cantos de estilo netamente narrativo, y más extenso el texto, como no podría ser de otra forma en un relato de trasfondo histórico, mas entremezclado con tal maestría con capítulos o cantos o incluso episodios de grandeza épica guerrera o triunfal, a la vez que con capítulos o cantos estrictamente líricos, como si de una sinfonía se tratara, con los cuatro movimientos consabidos en armazón perfecta y en sonoridad clásica.

Versos épicos guerreros resuenan como truenos en los capítulos de las grandes batallas de Pavía y de Mühlberg, en la conquista de Túnez y en la heroica resistencia de Herzeg Novi. Vientos huracanados y relámpagos locos destrozan y desbaratan a las tropas imperiales en el asalto de Argel:

Deslumbraban centellas, estallaban sus látigos
mientras el rayo en su loco zigzag,
destruye, asusta, mata, sin ningún sentimiento de clemencia...

Son versos triunfales los de las dos ceremonias de coronación del emperador, el primero en Aquisgrán al recibir en la ciudad de Carlomagno el anillo imperial, el cetro y el orbe como símbolo del poder universal, y el segundo en Bolonia cuando es el sumo pontífice Clemente VII quien le ciñe la corona imperial. No pueden describirse sino diciendo que fueron indescriptibles. Solo el talento de un poeta poseedor del caudal léxico más elevado y del don de la combinación artística que la poesía precisa podría describirlos como aquí lo hace Justo Jorge Padrón:

Estruendos de tambores la marcha propiciaron.
Las trompetas doradas de la guardia teutona
se alían con los súbitos clarines
como impulsos de luz, abriendo el horizonte
con su claro sonido en un mundo radiante.
Cascadas de campanas atronaban el cielo...

Y uno más: el recibimiento que la ciudad de Roma tributa al invicto emperador cuando se dispone a dar su famoso discurso en español ante el papa, la curia cardenalicia y el cuerpo diplomático en el Vaticano.

Y en su contraste, los versos más líricos que se hayan escrito nunca en lo tocante a Carlos V, los dedicados a su esposa amada Isabel de Portugal. Son festivos y jubilosos los del primer encuentro entre los esposos en el Real Alcázar de Sevilla que daría lugar a una boda inmediata y precipitada esperando «la noche de un encanto que goza entre su hoguera». Y son versos doloridos, transidos «de luto y de oscuro llanto», los que el gran poeta que es Justo Jorge pone en boca del emperador para llorar su muerte. Un capítulo o canto entero, el XXXV de este libro, dedica el autor a la muerte de la emperatriz, y otro más, también entero, el XXVI, se convierte en un

madrigal doliente por doña Isabel de Portugal. Madrigal es, que no elegía; composición amorosa, lírica en extremo, como ninguna otra de la métrica castellana. Es el emperador enamorado quien habla. Así comienza: «Soy una cicatriz abierta penando por mi estrella». Recuerda de su amada su sonrisa celeste, su blancura nívea, el aroma indeciso de su piel, el relámpago domado de sus ojos, su altivo cuerpo, su risa sencilla...; la llama aura de sol, gota de luz, nube sonora, nardo de un cielo sostenido, patria profunda de su amor... Ninguno de los poetas renacentistas había entremetido en sus epopeyas carolinas tanto espacio dedicado a la emperatriz, ni historiador ha habido que glosara de tal modo al enamorado emperador, ni nunca antes en España poeta alguno había puesto tan alta poesía en un género marcado por la épica.

Magistrales son los tres últimos capítulos o cantos dedicados a la abdicación, al retiro y a la muerte del soberano. Una vida consagrada al poder acaba en la renuncia de ese sumo poder. En ellos se resumen los dos extremos de su vida: la grandeza del hombre más poderoso de su época y la nonada de cualquier ser humano ante la muerte. La última estrofa del último capítulo deja al lector un desvalimiento a punto del llanto:

... Abro mis lentos ojos
y clausuro por fin mi incansable memoria.
El arzobispo eleva el crucifijo
y la mirada fija queda en él
hasta que el negro velo de la muerte,
silenciosa, la empaña poco a poco.

REFERENCIAS

JORGE PADRÓN, J. (2005). *Hespérida. Canto Universal de las Islas Canarias* (Prólogo de Ricardo González Vigil). Madrid: Colección Visor de Poesía.

JORGE PADRÓN, J. (2008). *Hespérida II. Canto Universal de las Islas Canarias. La Gesta Colombina* (Prólogo de Virgilio López Lemus). Madrid: Colección Visor de Poesía.

JORGE PADRÓN, J. (2019). *Hespérida III. Canto Universal de las Islas Canarias. La primera circunnavegación del mundo. El fascinante periplo de Magallanes y Elcano* (Prólogo de Luis María Ansón). Madrid: Colección Visor de Poesía.

JORGE PADRÓN, J. (2022). *Hespérida IV. Canto Universal de las Islas Canarias. Soliloquio de Carlos V en Yuste* (Prólogo de Maximiano Trapero). Madrid: Colección Visor de Poesía.

LÓPEZ LEMUS, V. (2002). *Eros y Thanatos: La obra poética de Justo Jorge Padrón*. Madrid: Editorial Verbum.

MAL LARA, J. de (2015). *Hércules animoso* (estudio preliminar, notas y edición crítica de Francisco Javier Escobar Borrego). México: Frente de Afirmación Hispanista, A. C., 3 vols.

TORRES NEBRERA, G. (2011). *Un monarca, unos textos, una historia: La imagen literaria de Carlos V*. Junta de Extremadura: Biblioteca de Extremadura/Alborayque.